

que una nota de seis líneas, reducida á repetir el tema ordinario de los ministros ingleses en la tribuna; que estaban resueltos á entrar en tratos siempre que se abriera una negociacion sincera, grave y en que se comprendiera á todos los aliados de Inglaterra, y con especialidad á la España.

Bien examinado cuanto subsistia de este gran negocio, limitábase no mas que al extraño atrevimiento de Mr. Fouché, sin nada grave de suyo relativamente á las consecuencias posibles y probables. Sustancialmente el peligro no estaba en que se creyera á Napoleon en Londres demasiado acomodadizo; si peligro habia, estribaba mas bien en que se le creyera muy exigente, y en que se abusase quizá de las proposiciones pueriles de obrar en comun contra la América del Norte, al tiempo en que esta fluctuaba al parecer entre la Francia y la Inglaterra. Entonces no suñonia Napoleon que este último efecto fuera el único algo grave que se debiera temer de una intriga mas ridicula que peligrosa. Iluminado muy luego sobre tan extravagante aventura, y avalorando la escasa extension del daño, se calmó sin rehabilitar á Mr. Fouché, que siguió privado de todo empleo y desterrado en su senaduría. Temiendo, no obstante, que se le acusara de sacrificar ligeramente á sus antiguos servidores, hizo juntar los documentos de este negocio, y quiso que fueran comunicados á algunos ministros y grandes dignatarios, testigos de las explosiones de su cólera contra el duque de Otranto. Es menester que se vea, dijo, que cuando castigo á mis antiguos servidores no es gratuitamente y sin causas.

De esta tentativa de negociacion, resulta evidentemente que sin el sacrificio de España, que Napoleon no se prestaba á hacer en manera alguna, la paz era imposible, y que no habia mas que proseguir la guerra con brio y estrechar el bloqueo continental hasta donde fuera dado, por lo cual merecia doble atencion la Holanda, cuya concurrencia al bloqueo era indispensable.

Si el rey Luis hubiera tenido un espíritu dócil y sensato, tomara su partido segun lo que acababa de sucederle, y puesto que se habia resignado, por salvar la independencia de Holanda, á sacrificar una parte de su territorio, tratara de trasmitir su resignacion al corazon de sus súbditos. Sustancialmente los holandeses mas sensatos no deseaban otra cosa. Convencidos estaban de que hallándose debajo del poder de Napoleon, no habia mas recurso que pensar en satisfacerle; y de que en suma Napoleon no era enemigo de ellos, sino aliado exigente, que les imponia crueles condiciones calculadas en interés comun. Por desgracia, Luis tenia el corazon ulcerado, y si un momento le dulcificaron en París las pláticas de su familia, vuelto á Amsterdam se le despertaron de nuevo los sentimientos de desconfianza y de irritacion que rebotaban comunmente en su alma, sentimientos mas exacerbados por los sacrificios que se le habian arrancado. Al volver á su capital le parecia como si leyese en el rostro de todos sus súbditos la ignominia de haber abandonado las mejores provincias de su reino, y para no quedarse en zaga, apresuróse á acreditar mas ira que todos. Allí se presentó seguido de la reina, que parecia no menos violentada, y ni mostró á sus súbditos,



fijos atentamente y con inquieta curiosidad en su semblante, mas que una frente abrumada de tedio, ni usó otro lenguaje que el de un oprimido que pensaba mucho mas de lo que decia. No era este el medio de agradar en París, ni de originar en Amsterdam la resignacion capaz de precaver estrépitos de mayor monta. Desdichadamente los actos del rey fueron mas imprudentes que su actitud y su lenguaje.

Empezó por escribir cartas las mas afectuosas á los dos ministros, á quienes sacrificó en París tan facilmente, Mrs. Mollerus y Krayenhoff; por dar títulos nobiliarios á los personajes que acababan de perder la categoría de mariscales, compensacion quizá conveniente, pero contraria á la política á que habia prometido atenerse; por destituir al burgomaestre Vander Poll, que no se habia querido prestar al armamento de la ciudad de Amsterdam. Para remate de todo añadió á estos actos otro mas grave. Habiendo tomado aversion á Mr. de Larochefoucauld, embajador de Francia, á quien miraba como un incómodo vigilante colocado cerca de él para inspeccionar su conducta, quiso aprovechar la ocasion de hallarse este embajador ausente, para recibir al cuerpo diplomático y hallarse tan solo en presencia del simple encargado de negocios Mr. Serurier. Este era un hombre prudente y reservado, que se limitaba á ejecutar puntualmente, pero con miramientos las órdenes de su córte, y merecia que se le tratara urbanamente por lo menos. Delante de él pasó el rey sin dirigirle una frase, ni una mirada, y á su lado colmó de agasajos al embajador de la Rusia. Semejante escena fué muy notada,

produjo en Amsterdam ansiedad suma y hubo de ser comunicada á París por el agente francés, que no podia callar á su gobierno hechos que llamaban la atencion general como este.

A tales dificultades, emanadas del carácter personal del rey, se agregaron en breve otras nacidas de la misma naturaleza de las cosas. El último tratado imponia los mas duros sacrificios á los holandeses: ante todo debian de entregar los cargamentos americanos introducidos en Holanda bajo el pabellon de los Estados Unidos y secuestrados por exigencia del gobierno francés, y es el caso que la mayor parte eran propiedad de casas holandesas, que hacian por su cuenta el contrabando, ó propiedad de casas inglesas asociadas á negociantes holandeses. Todas estas casas oponian resistencia; alegando que, entre aquellos cargamentos, unos se componian de mercancías holandesas traídas bajo el pabellon americano de las colonias de Holanda; otros formados realmente de mercancías sacadas de América por conducto de los americanos. En lugar de estos cargamentos probó el rey á entregar presas hechas por nuestros corsarios y por tanto de su pertenencia. Y á todo esto la entrega de los cargamentos americanos era el artículo del tratado en que Napoleon hacia mas hincapié, ya para atacar la principal fuente del contrabando, ya para enriquecer el tesoro extraordinario á costa de los defraudadores. Sobre este asunto cruzáronse comunicaciones muy vivas y acres.

No era menos difícil el establecimiento de las aduanas francesas á lo largo de las costas de Holanda. De Boloña, Danquerque, Amberes, Cleves,



Colonia, Maguncia, habian llegado legiones de aduaneros franceses, ignorantes de la lengua de Holanda, acostumbrados á un rigor de vigilancia excesiva, y dados á poner en el ejercicio de sus funciones un punto de honor militar que les hacia ásperos y poco corruptibles. Para los gobiernos que tienen fronteras que defender esta es la mejor clase de aduaneros, al par que la peor para los comerciantes. Tanto en sus puertos como en sus costas habian de sufrir los holandeses la presencia de estos agentes extranjeros, y su minuciosa visita, inaguantable para un pueblo casi exclusivamente navegante y habituado en todos tiempos á una gran libertad de comercio. Y aun, si hubieran tenido que sufrirlos únicamente en la frontera exterior, fuera la molestia menos penosa, aunque siempre grande; pero la configuracion del país hacia necesaria su presencia en el mismo seno de Holanda. Con efecto, no solamente la cruzan en todas direcciones multitud de rios y de canales, sino que la penetra en cierto modo un vasto mar, que se denomina Zuyderzeo, y pone en relaciones todas las partes del territorio por medio de una comunicacion tan cómoda como activa. Si este mar, al cual se entra por los pasos del Helder y por algunos otros mas elevados al Norte, no hubiera tenido mas que una salida, guardándola, fuera posible dejar dentro una completa libertad de comunicaciones marítimas y fluviales; pero, como no era así, hubo que erizar lo interior del Zuyderzeo de aduanas, y Frisia, Over-Issel, Gueldra, no podian llevar sus géneros al Norte de Holanda, ni traer los productos exóticos sino por entre la mas intolerable vigilancia. Hacer descargar, por ejemplo, has-

ta los bateles de turba, para asegurarse de que no llevaban contrabando, era impracticable ó irritante. Añádase que, para dar la fuerza de una sancion penal á estas providencias, habia sido menester formar comisiones de aduaneros y militares franceses que juzgaran sumariamente y en cada punto los delitos y los delincuentes. A esta usurpacion de su soberania, no habia el rey Luis asentido, y dispuso que se restituyera la libertad á todos los presos por delito de contrabando.

Fuera de estas dificultades, la ocupacion militar presentaba otra mas grave que todas, y que crecia segun avanzaban hacia Amsterdam los puestos franceses. En Utrech tenia su cuartel general el mariscal Oudinot, jefe de las fuerzas combinadas que debian guardar las avenidas de la Holanda: puestos habia establecido desde Utrech hasta las bocas del Mosa, y remontando las costas del Norte de Holanda, desde las bocas del Mosa hasta la altura del Haya; pero habia que remontarse mas aun para cerrar el Zuyderzeo y la entrada de Amsterdam á los pabellones contrabandistas: y esto no lo queria aguantar el rey Luis por inspiracion propia ó de los parciales secretos de una revuelta. Resignábase á que las tropas francesas fueran á Utrech y hasta al Haya, porque aun así era posible en rigor una defensa desesperada, inundando el resto del país y llamando en ayuda á las flotas inglesas. Con efecto, la riquísima peninsula del Norte de Holanda hubiera quedado completamente dominada por las aguas, elevándose desde las esclusas de Katwyck hasta el Texel, entre el Océano por una parte, el mar de Harlem y el Zuyderzeo por otra, cubierta de verdes pas-



tos, de floridos vergeles, de opulentas ciudades, como Leyden y Amsterdam. Cortando esta vasta lengua de tierra en Leyden, cubriendo de agua sus avenidas, cabia hacerse allí invencible y disputar á Napoleon la independendencia batava por largo tiempo, como se habia disputado dos siglos antes á Luis XIV. Mas, para que esto fuera posible, habia necesidad de impedir que se remontaran mas allá de Leyden las tropas francesas.

Otra razon asistia al rey Luis para obrar de este modo, y era la de no sufrir en medio de la capital de su reino la presencia de soldados extraños y no tener visos de un rey prefecto. Asi no cesó de insistir con el mariscal Oudinot á fin de que no pasasen mas arriba de Leyden las tropas francesas, alegando que su honor, su dignidad, no le consentian soportar en su residencia real tropas que, aunque amigas, eran extrañas. Al cabo, presentándose una vanguardia delante de Harlem, cerróse la entrada de esta ciudad á los franceses, y el águila imperial tuvo que retroceder de resultas.

A todos estos hechos, mas ó menos contrarios al tratado, se añadía la no ejecucion de un artículo en que Napoleon ponía empeño imponderable, y era el armamento de la flota del Texel. Algunos buques se habian juntado á las órdenes del almirante Winter, pero apenas contaban doscientos hombres de tripulacion en vez de tener de setecientos á ochocientos; y esta condicion, la de mas fácil observancia, la mas adecuada á calmar á Napoleon, la mas útil para cualquier partido que se tomase, incluso el de la resistencia, no se llevó á cabo por falta de recursos. Cuantos venian del

Texel contaban que los armamentos allí anunciados eran irrisorios.

Conocidas eran del público estas numerosas disputas, envenenadas por los que preferian el arbitrio de echarse en brazos de los ingleses, deploradas por los espíritus sensatos que preveían sus inmediatas consecuencias, y consideradas por la afligida muchedumbre como otras tantas pruebas de la tiranía insoportable que se quería ejercer sobre ella. Fogoso Luis como el último de los jornaleros, que se reunían cotidianamente en los vacíos y desiertos muelles de Amsterdam, en lugar de calmar los ánimos, los excitaba con su actitud y su lenguaje; decía muy alto que no sufriria la ocupacion militar de la capital, y así contraía compromisos de amor propio de que era difícilísimo que retrocediera. Hasta desesperaba de los holandeses cuerdos que temían ver la desaparicion de su patria en medio de semejante conflicto.

A punto habian llegado las cosas que podia producir una explosion la mas mínima circunstancia. Efectivamente, hallándose en la plaza pública cierto domingo un criado de la embajada de Francia con librea, fué reconocido, maltratado de palabra, apaleado luego, y á duras penas pudo ser arrancado de manos de la amotinada plebe.

En cualquier otro tiempo fuera de escasa importancia un incidente de esta clase, pero á la sazón debia producir inevitablemente una crisis. Aun cuando los hechos citados fueran transmitidos sin exajeracion alguna por el mariscal Oudinot y Mr. Serurier, no pudo contenerse Napoleon al saberlos. Su encargado de negocios casi ofendido, sus águilas rechazadas de Harlem, la librea de su



embajador ultrajada, parecíanle afrentas intolerables, y mas siendo mal ejecutadas las condiciones del tratado, ó no siéndolo de ningun modo. Asi dispuso que á Mr. Verhuel, representante de Holanda en París, se le expidieran sus pasaportes, y aunque le estimaba sobremanera, estrechóle á hacer uso de ellos en el instante. A Mr. de Larochefoucault vedóle tornar á su puesto, y á Mr. Serurier presentarse en la corte del rey Luis. Además exigió que se le entregaran sin demora los culpables de la ofensa hecha á la librea del embajador, quiso que el burgomaestre de Amsterdam fuera muy luego reinstalado en su destino, que se abrieran á las tropas francesas, no solamente las puertas de Harlem, sino las de Amsterdam, que el mariscal Oudinot entrara en estas ciudades á tambor batiente y las banderas desplegadas; que sin excepcion alguna fueran entregados los cargamentos americanos; que se recibiera á los aduaneros franceses en todas partes, y que se dieran explicaciones sobre el aumento de la flota prometida para el día 1.º de julio. Por último, anunció que, si quedaba por ejecutar una sola de las condiciones del tratado, iba á poner término á lo que llamaba ridícula comedia, y á tomar posesion de Holanda, cual lo habia hecho de Toscana y de los Estados Romanos. A la amenaza añadió actos muy significativos; mandando que las tropas de la division de Molitor, que estaban en Embden, entraran en Holanda por el Norte, por el Sur las que se hallaban en el Brabante, y que fueran á reforzar al mariscal Oudinot unas y otras.

Estas noticias fulminantes, tan fáciles de prevenir, llegaron con poca intermision á Amsterdam,

donde fueron interpretadas de la manera mas alarmante por el almirante Verhuel, que habia dejado á Paris á consecuencia de la intimacion que se le hizo y que conocia las intenciones de Napoleon perfectamente. Por esto dió á entender á los hombres que se hallaban al frente de los negocios que no habia que titubear y que era forzoso abrazar el partido de la resistencia, que verosimilmente seria desastroso, ó el de la sumision absoluta, como el único adecuado para conjurar el peligro. El rey Luis recurrió á una gran consulta, llamando, no solo á sus ministros actuales, sino á los pasados, y á los mas insignes varones del ejército y de la marina. Con excepcion de algunos insensatos desprovistos de toda razon, y de algunos interesados adictos á Inglaterra por muy tristes causas, todos los hombres amantes de su pais se pronunciaron en el propio sentido. Aun detestando el yugo de Napoleon, consideraron que el de Inglaterra, por el cual se verian obligados á optar inevitablemente, seria mucho mas tremendo. Fuera de que habria de sacrificarse en los mares por la causa de Inglaterra, que no era la de Holanda, no se podria probablemente disputar á Napoleon mas que una parte del territorio, siéndole abandonada por fuerza la mayor despues de terribles destrozos, y no salvándose la mas pequena de sus manos, sino anegandola y entregando á los ingleses los astilleros, los arsenales y las escuadras. No habia hombre que conservara algun seso y algun patriotismo que se pudiera pronunciar por resolucion semejante, á excepcion de dos ó tres fanáticos extrañados por ciegos odios. De consiguiente los hombres cuerdos, casi en su totalidad, revelaron, tan-



to en su semblante como en sus discursos, que la resistencia les parecia imposible al par que culpable, de suerte que el rey Luis se vió abandonado muy luego por los mismos á quienes queria sacrificarse. Por otra parte, si el pueblo que nos atribuia su miseria, si algunas familias ilustres enlazadas por interés y por sentimiento á Inglaterra, habian contribuido á formar una opinion pública esencialmente contraria á los franceses, la clase media, adicta á ellos en otro tiempo á causa de sus inclinaciones políticas, segregada ya por efecto de sus sufrimientos mercantiles, empezaba á descubrir el peligro que amenazaba á Holanda; veia que, de seguir asi, habria que arrojarla arruinada y destrozada á los pies de la aristocracia inglesa, y se declaraba á su vez contra las imprudencias del gobierno. Como el rey Luis se habia comprometido con sus declaraciones públicas á no sufrir dentro de Amsterdam á los franceses, y al par se hallaba abandonado por los mismos súbditos con cuyas pasiones se habia identificado muy calorosamente, no sabia qué partido abrazar, y padecia en su espíritu extravios y turbaciones.

En tan cruel situacion tuvo todavía como otras veces, el pensamiento de someterse á la voluntad de su hermano, bien que pasageramente cual de costumbre, y de renunciar á una lucha imposible con evidencia. Llamó cerca de sí á Mr. Serurier, encargado de negocios de Francia, á quien habia recibido tan mal pocos días antes, y esta vez le hizo la mejor acogida; le pidió consejos, ofreciéndole seguirlos con puntualidad rigurosa; ofreció someter á los tribunales á los que insultaron la librea del embajador; reinstalar al burgomaestre

de Amsterdam, poco empeñado á la verdad en volver al ejercicio de sus funciones; entregar los cargamentos americanos; sufrir los aduaneros franceses; acelerar el armamento de la escuadra; todo bajo una condicion sola, y era la de que no se le obligara á recibir en su capital á los franceses, lo cual decia ser para él una humillacion á que no se podia resignar de ningun modo. Tanto habia repetido este príncipe sin ventura que no toleraria que en su residencia hubiera tropas extrañas, que no creia poder retroceder de este compromiso sin cubrirse de oprobio. Conviene añadir que, en su profunda ó incurable desconfianza, entendia que Napoleon habia resuelto desposeerle, y que, una vez admitidos los franceses en Amsterdam, seria destronado muy pronto, sin tener el triste honor de abdicar siquiera. Insistió pues en obtener un plazo para la entrada de las tropas francesas.

Pero las órdenes de Napoleon eran tan terminantes que ni el mariscal Oudinot ni Mr. Serurier osaron aplazar una providencia tan imperiosamente prescrita. Mr. Serurier instó al rey para que no se alarmara por la presencia de los soldados franceses, compatriotas suyos, que le habian elevado al trono, que respetarian siempre en él al hermano de su emperador, y que ademas tenian órdenes de proceder como convenia respecto de un monarca amigo, aliado y muy cercano deudo. Mas no podia modificar las instrucciones militares que el mariscal habia recibido, y se vió obligado á dejar que se aproximaran las tropas francesas, saliendo del trance con transmitir á Paris lo que pasaba en Amsterdam.



Colocado entre los holandeses, que no querian una resistencia ruinosa para su pais, y los soldados franceses que avanzaban á Amsterdam de continuo, no viendo otro arbitrio para salvar su dignidad que el de renunciar su trono, resolvió el rey descender voluntariamente sus gradas, único modo de dejarle que le pareció no deshonoroso. Reuniendo á sus ministros, les anunció su resolución con gran secreto; dijoles que iba á abdicar en favor de su hijo y á fiar la regencia á la reina; que una muger, una madre, querida por Napoleon, resignada á hacer cuanto exigiera, le desarmaria por su debilidad misma; y podia ceder á todas sus voluntades sin deshonor. Sus ministros oyeron silenciosamente tales declaraciones; le expresaron algun pesar de verse privados de un rey adicto á la Holanda, pero no insistieron en disuadirle comprendiendo perfectamente que al punto á que habian llegado las cosas, el trono de un niño, bajo la tutela de una muger, era la última forma bajo la cual se podia hacer ensayo de prolongar todavía la independencia de la Holanda. Al tenor de las vivas instancias del rey prometieron guardar el más impenetrable secreto, á fin de que tuviera tiempo de abdicar y de retirarse en libertad adonde le pluguiera. Esta precaucion, inspirada por la habitual desconfianza de Luis, era superflua, porque ni Mr. Serurier ni el mariscal Oudinot podian impedir que abdicara; ni hubieran pensado en poner las manos en su persona.

A los preparativos de esta abdicacion se dedicaron cuarenta y ocho horas solamente, y de ella no supieron nada ni el encargado de negocios de Francia, ni el general en jefe. Convino en que

el rey partiera sin comitiva, y con disfraz que impidiera reconocerle; en que al punto seria llevada el acta de abdicacion al cuerpo legislativo; en que los ministros, formando consejo de regencia, gobernarían en nombre del rey niño hasta la llegada de la reina, que solo habia estado muy pocos dias en Holanda, y en que seria llamada á Amsterdam esta princesa para que se encargara de la regencia y de la educación del heredero del trono. Todos estos actos fueron firmados la noche del 2 al 3 de julio de 1810, y tan luego como el rey Luis los hubo firmado, subiendo á un carruage, se puso en camino, sin que sus ministros, enterados de todo, supieran el retiro adonde tenia proyecto de encerrarse. En la mañana del 3 de julio supieron al propio tiempo esta extrema resolución del hermano de Napoleon la ciudad de Amsterdam con inquietud y con sorpresa, la embajada y el ejército de Francia con profundo asombro.

Acto continuo fueron los ministros á complimentar al rey niño, fiado momentáneamente á la solicitud de un ayo respetable. Desde allí se dirigieron al cuerpo legislativo para comunicarle el suceso ya consumado. Aquella tarde llegó á las puertas de Amsterdam el ejército francés y salió á recibirle el antiguo burgomaestre Vander-Poll, ya reinstalado; y las autoridades militares holandesas casi fué acogido amistosamente; y la plebe no dió señales de resistencia. Sintiendo la multitud de los habitantes haber perdido un principe que se habia sacrificado por sus intereses sin mucha prudencia, creyó que ya era forzoso citar en Napoleon toda la esperanza, y buscar en la incorporacion al mas vasto imperio del universo la



compensacion de la independenciam recien perdida, y de los daños que iba á traer consigo el sistema continental rigorosamente ejecutado. Con cierta especie de calma y con curiosidad atenta se esperaron las resoluciones que se providenciaran en Paris por consecuencia de lo acaecido.

Un empleado de la legacion francesa, despachado por Mr. Serurier al punto, llevó á Napoleon la noticia de la extraña abdicacion del rey Luis. Pero el mismo dia de la llegada de este empleado á la capital de Francia, que era el 6 de julio, se habia ya presentado á Napoleon, en cumplimiento de órdenes suyas, una memoria concierne á motivar la incorporacion de Holanda al imperio (1); de consiguiente habia abrazado su partido antes de la abdicacion de su hermano. Con todo, resuelto como estaba, Napoleon sintió en el instante de pasar del simple proyecto á la ejecucion la gravedad del acto que se hallaba á punto

(1) Esta memoria existe en los archivos del ministerio de Estado con fecha 6 de julio, dia mismo en que Mr. de Caroman, portador de la noticia de la abdicacion, llegaba á Paris. Por tanto debia de estar ordenada y redactada antes que la abdicacion de Luis fuera conocida; ademas una de sus frases demuestra ser anterior á la noticia de la abdicacion de aquella memoria, pues decia que *S. M. imperial estaba resuelto á llamar cerca de sí al príncipe que habia tomado en el seno de su familia para darle á la Holanda*. Queda pues fuera de toda duda que, en virtud de lo que acontecia, Napoleon tenia determinado incorporar la Holanda á Francia antes de que se decidiera á abdicar su hermano. Realmente el hecho no tiene grande importancia: sin embargo conviene consignarle en obsequio de la verdad, que se debe de buscar ante todo en la historia, independientemente de las deducciones que se puedan sacar de ella.

de consumir. Y realmente, no bien celebró la paz con Viena y se enlazó con Maria Luisa, dirigió todas sus ideas hácia la paz y distribuyó sus fuerzas de modo de evacuar la Alemania y de tranquilizar á las potencias continentales ¿se podia restituir la seguridad á la Europa alarmada, apoderándose en tres meses, primero del Brabante y Zelanda, y despues de la Holanda toda, agregando así dos millones de almas al imperio, llevando sus fronteras del Escalda al Wahal, del Wahal al Ems? ¿No estallaba así nuevamente y de la manera mas alarmante el espíritu de conquista tan echado en cara á la Francia? ¿Y no se mostraria mas irreconciliable que nunca Inglaterra que tenia en sus manos la última y mas apetecible paz, la de los mares, cuando hubiera que hacerla soportar, ademas de la anexion de Amberes y de Flessinga á la Francia, la de Helwoet, Sluys, Rotterdam, Amsterdam y del Helder? A Napoleon se le alcanzaban muy bien todas estas dificultades, pero estremeciéndose de gozo ante la idea de incorporar tales territorios, tales golfos, tales puertos á Francia, y sobre todo de cerrar al comercio británico tan anchas salidas; considerándose ademas absuelto de usurpacion semejante por la situacion forzada en que le ponía la abdicacion de su hermano, ya no se detuvo, y determinó la incorporacion al imperio. Noticioso de lo acaecido el 6 por la tarde, no se tomó mas que dos dias para establecer las condiciones de la incorporacion esta, y decretóla el 9 de julio de 1810.

Al público francés y europeo se dió por razon que, hallándose sin rey la Holanda, por la necesidad de librarla de los ingleses se veia Napoleon



obligado á ponerla bajo la vigilante y vigorosa administracion del imperio; que, incorporada así la Holanda, proporcionaria á la causa comun fuerzas navales importantes, y una vasta prolongacion de costas vedadas al comercio británico muy rigurosamente. A los holandeses se dió en particular por razon que, situados entonces entre el mar cerrado por los ingleses y el continente cerrado por los franceses, se hubieran visto muy en breve expuestos á morir de miseria y condenados en todo caso á la impotencia bajo el peso de una deuda enorme; que por el contrario, reunidos al mayor imperio del mundo, tendrian, cuando menos, el continente abierto durante la guerra, y durante la paz, además del continente, el mar de igual modo: que su comercio se extenderia mas aun que en la época de su prosperidad mas brillante; que su marina, á la sazón aniquilada, luego de reunida á la francesa veria renacer los tiempos gloriosos en que, dirigida por Tromp y Ruyter, disputaba á la Gran Bretaña la dominación de los mares; que sus ciudadanos, siendo iguales á los de Francia, sentándose con iguales títulos en sus consejos, hallarian en una nueva y poderosa patria la compensacion de la patria perdida.

Al tenor de estas razones, que eran especiosas y que el tiempo hubiera hecho verdaderas en parte, si hubiera durado aquel estado de cosas, Napoleón decretó con una sorprendente audacia de lenguaje *que Holanda quedaba reunida á la Francia*. Además decidió que Amsterdam figurara como la tercera ciudad del imperio, habiendo ya providenciado cuatro meses antes que Roma fuera la segunda. Estableció que Holanda tuviera de allí

adelante seis miembros en el senado del imperio, seis miembros en el consejo de Estado, veinticinco en el cuerpo legislativo, dos consejeros en el tribunal de casacion; lo cual era un poderoso incentivo ofrecido á todas las ambiciones; confirmó en sus grados á los oficiales de mar y tierra; agregó la guardia real holandesa á la guardia imperial francesa, y ordenó que los regimientos de línea de Holanda tomaran puesto en el ejército francés á continuacion de los regimientos de línea ya existentes y por orden de números. ¡Nada podia halagar mas al ejército holandés que esta filiacion!

En nueve departamentos fué dividido el territorio, dos de la parte ya incorporada, bajo el título de departamentos de las Bocas del Escalda y de las Bocas del Rhin, y siete de la misma Holanda, bajo el título de departamentos del Zuyderzeo, de las Bocas del Mosa, del Issel Superior, de las Bocas del Issel, de Frisia, del Ems Occidental y del Ems Oriental. Hasta 1.º de enero de 1811 fueron conservadas las contribuciones ya percibidas; desde esta época debian ser establecidos en los nueve departamentos nuevos los impuestos franceses mucho menos onerosos que los holandeses.

Con el aislamiento en que habia la Holanda vivido padecia mas que nada, á la par que su comercio, su hacienda; evidentemente en punto á su deuda convenia abrazar un partido, pues, como ya hemos indicado en un presupuesto de 155.000.000 de gastos y de 110.000.000 de ingresos, figuraba la deuda sola por una suma de 80.000.000. No habia posibilidad de que continuara semejante estado de cosas, y la prueba es que de



hecho los intereses de la deuda no se habian podido pagar ni en 1809, ni en 1808. Solo se ejecutaban los diversos servicios públicos por medio de letras de cambio del Tesoro, que se descontaban con una pérdida considerable y eran una anticipación sobre las rentas. De este modo habia venido á caer tanto la marina holandesa que para vivir tres mil marineros se habian resuelto á emigrar á Inglaterra.

Pensando Napoleon que este primer momento de perturbacion era el mas á propósito para una operacion dolorosa, y semejando la situacion de Holanda á la de Francia despues de la revolucion, decretó por el mismo acto de incorporacion la reduccion de la deuda á la tercera parte; bien que ordenando la solvencia inmediata de los atrasos de 1809 y de 1808; providencia que para muchos pequeños renteros muy apurados era un precioso alivio y les indemnizaba algo de la reduccion de sus créditos ya muy prevista. Borrando del gran libro holandés los créditos pertenecientes á diversos príncipes estrangeros enemigos de Francia, como los príncipes de Hesse y de Orange, esperaba Napoleon que bastaria una suma de 20.000,000 anuales para cubrir los intereses de la deuda ya reducida á la tercera parte; que con la supresion de muchos gastos ya inútiles, como los de relaciones extrangeras, lista civil, etc. que componian un total de 14.000,000 bastaria para las administraciones diversas; que entonces se podrian dedicar 20.000,000 al ejército, 26 á la marina, con lo que los gastos solo ascenderian á 80.000,000 y experimentaria la Holanda, agobiada de impuestos, un gran desahogo. Siempre la marina habia

sido objeto de predileccion para los holandeses. Atendiendo Napoleon á los medios de restablecerla y decretando al punto obras en los astilleros, se lisonjeaba de despertar en los puertos una actividad que regocijara los ánimos y les hiciera presagiar venturas de la incorporacion á Francia.

Del comercio holandés faltaba tratar todavia, debiéndole resultar gran beneficio de la abolicion de la linea de aduanas entre Holanda y Francia. Sin embargo era imposible decretarla hasta que las aduanas francesas se posesionaran del litoral tan abierto y de tantos accidentes como el de Holanda. Napoleon resolvió que subsistiera la linea de aduanas hasta el 1.º de enero de 1811, época fijada para la completa fusion de los intereses de ambos paises. Aun así cabia dar una satisfaccion inmediata al comercio holandés, que á la par debia ser muy grata á los consumidores franceses, y consistia en permitir curso expedito por lo interior del imperio á los azúcares, cafés, algodones, añiles, sucesivamente acumulados dentro de Amsterdam y de Rotterdam en grande copia. Proporcionando una inmensa ventaja al comercio holandés esta dispersion de géneros almacenados, debia de hacer mucho menos laboriosa la vigilancia. Pero, á causa de la facilidad de las introducciones, los géneros coloniales no subian en Holanda á la cuarta parte de precio que entre los franceses; y autorizar la introduccion de tales mercancías sin que pagaran cosa alguna, fuera proporcionar á los negociantes holandeses un beneficio exorbitante, con que no debieron contar nunca, y causar un grave perjuicio á los negociantes franceses, que habian hecho sus acopios á